

ABRAHAM OFRECE A SU HIJO ISAAC

Sermón No. 3

Traducción: estudialapalabra.org

“Y dijo: No extiendas tu mano sobre el muchacho, ni le hagas nada; porque ya conozco que temes a Dios, por cuanto no me rehusaste tu hijo, tu único”
Génesis 22:12

El gran Apóstol Pablo, en una de sus epístolas, nos informa que “las cosas que se escribieron antes, para nuestra enseñanza se escribieron, a fin de que, por la paciencia y la consolación de las Sagradas Escrituras, tengamos esperanza”. Y como sin fe es imposible agradar a Dios, o ser aceptado en Jesús, el Hijo de su amor; podemos estar seguros de que cualesquiera que sean los ejemplos de una fe más que común que se registran en el libro de Dios, fueron designados más inmediatamente por el Espíritu Santo para nuestro aprendizaje e imitación, sobre quienes han llegado los fines del mundo. Por eso, el autor de la epístola a los hebreos, en el capítulo 11, menciona tan noble catálogo de santos y mártires del Antiguo Testamento, “que sometieron reinos, hicieron justicia, taparon bocas de leones, etc. y se adelantaron a nosotros para heredar las promesas”. Una refutación suficiente, creo, de su error, que estiman a la ligera a los santos del Antiguo Testamento, y no quieren que se les mencione a los cristianos, como personas cuya fe y paciencia estamos llamados a seguir más inmediatamente. Si esto fuera cierto, el apóstol nunca hubiera producido tal nube de testigos del Antiguo Testamento, para estimular a los cristianos de la primera y, por consiguiente, más pura época de la iglesia, a continuar firmes e inmovibles en la profesión de su fe. En medio de este catálogo de santos, me parece que el patriarca Abraham es el que más brilla, y se diferencia de los demás, como una estrella difiere de otra en gloria; porque brilló con un brillo tan distinguido, que fue llamado el “amigo de Dios”, el “padre de los fieles”; y aquellos que creen en Cristo, se dice que son “hijos e hijas y bendecidos con el fiel Abraham. Muchas pruebas para su fe Dios envió a este hombre grande y bueno, después de haberle mandado salir de su tierra y de su parentela, a una tierra que él le mostraría; pero la última fue la más severa de todas, quiero decir, la de ofrecer a su único hijo. Me propongo hacer de esto, con la ayuda divina, el tema de vuestra presente meditación y, a modo de conclusión, sacar algunas inferencias prácticas, según Dios me lo permita, de esta instructiva historia.

El escritor sagrado comienza la narración así; versículo 1. “Aconteció después de estas cosas, que probó Dios a Abraham”. Después de estas cosas, para que, después de haber pasado por muchas pruebas severas antes, después de que fuera viejo, lleno de días, y pudiera jactarse tal vez de que los problemas y las fatigas de la vida ya habían terminado; “Después de estas cosas, Dios probó a Abraham.”

Cristianos, no sabéis con qué pruebas os encontraréis antes de morir: a pesar de que habéis sufrido, y ya habéis sido probados mucho, sin embargo, puede ser que aún os quede una medida mayor que debéis llenar. "No seas altivo, sino teme." Nuestras últimas pruebas, con toda probabilidad, serán las más grandes: y nunca podremos decir que nuestra guerra ha terminado, o que nuestras pruebas han terminado, hasta que inclinemos la cabeza y entreguemos el espíritu. "Y sucedió que después de estas cosas, Dios probó a Abraham". Pero, ¿puede la escritura contradecirse a sí misma? ¿No nos dice el apóstol Santiago, "que Dios no tienta a nadie"; y Dios no tienta a ningún hombre al mal, o con el propósito de llevarlo al pecado; porque, cuando un hombre es así tentado, es atraído y seducido por la lujuria de su propio corazón? Pero en otro sentido, puede decirse que Dios tienta, quiero decir, que prueba a sus siervos; y en este sentido nosotros debemos entender ese pasaje de Mateo, donde se nos dice que, "Jesús fue llevado por el Espíritu (el Espíritu bueno) al desierto, para ser tentado por el diablo". Y nuestro Señor, en esa excelente forma de oración que se ha complacido en darnos, no requiere que oremos para que no seamos absolutamente llevados a la tentación, sino liberados del mal de ella; de donde podemos inferir claramente que a Dios le parece adecuado algunas veces llevarnos a la tentación, es decir, llevarnos a circunstancias tales que probarán nuestra fe y otras gracias cristianas. En este sentido debemos entender la expresión que tenemos ante nosotros: "Dios tentó o probó a Abraham".

Cómo se complació Dios en revelar su voluntad en este momento a su siervo fiel, ya sea por la Shekinah, o aparición divina, o por una pequeña voz apacible, como le habló a Elías, o por un susurro, como el del Espíritu a Felipe, cuando le ordenó que se uniera al carro del eunuco, no se nos dice, ni es importante investigar. Basta que estemos informado de lo que le dijo Dios a Abraham y que Abraham sabía que era la voz de Dios, porque dijo: Heme aquí. ¡Oh, qué santa familiaridad (si se me permite hablar así) hay entre Dios y aquellas almas santas que están unidas a él por la fe en Cristo Jesús! Dios dice, Abraham; y Abraham dijo (debe parecer sin la menor sorpresa): He aquí, aquí estoy. Reconciliado con Dios por la muerte y obediencia de Cristo, en la cual se regocijó y vio por la fe a lo lejos; no lo hizo, como Adán culpable, siembra los árboles del jardín para esconderse, sino que se complace en conversar con Dios, y habla con él, como un hombre habla con su amigo. ¡Oh, que los pecadores sin Cristo supieran lo que es tener comunión con el Padre y el Hijo! Envidiarían la felicidad de los santos, y considerarían sumo gozo ser llamados entusiastas y necios por causa de Cristo.

Pero, ¿qué le dice Dios a Abraham? Versículo 2: "Toma ahora tu hijo, tu único, Isaac, a quien amas, y vete a tierra de Moriah, y ofrécelo allí en holocausto sobre uno de los montes que yo te diré".

Cada palabra merece nuestra observación particular. Cualquier cosa que tuviera que hacer, debía hacerlo ahora, inmediatamente, sin consultar con la carne y la sangre. Pero, ¿qué debe hacer? "Toma ahora a tu hijo".

Si Dios hubiera dicho, toma ahora un primogénito, o un cordero escogido o una bestia de tu rebaño, y ofrécelo en holocausto, no habría parecido tan espantoso; pero que Dios dijera, "toma ahora a tu hijo, y ofrécelo en holocausto", uno podría imaginar, fue suficiente para tambalear la fe más fuerte. Pero esto no es todo: no debe ser sólo un hijo, sino "tu único hijo, Isaac, a quien amas". Si ha de ser un hijo, y no un animal, lo que ha de ofrecerse, ¿por qué no lo hará con Ismael, el hijo de la esclava? No, debe ser su único hijo, el heredero de todo, su Isaac, por interpretación risa, el hijo de su vejez, en quien su alma se deleitó, "a quien amas", dice Dios, en cuya vida estaba envuelta la suya: y este hijo, este único hijo, este Isaac, el hijo de su amor, debe ser tomado ahora, incluso ahora, sin demora, y ser ofrecido por su propio padre, para una ofrenda quemada, en una de las montañas de las que Dios le diría.

Bien podría decir el apóstol, hablando de este hombre de Dios, que "contra toda esperanza creyó en la esperanza, y, fortaleciéndose en la fe, dio gloria a Dios." Porque, si no hubiera sido bendecido con una fe que el hombre nunca antes tuvo, debe haberse negado a cumplir con este severo mandato. Porque ahora, ¿cuántos argumentos podría sugerir la naturaleza, para probar que tal mandato nunca podría venir de Dios, o para excusarse de obedecerlo? "¡Qué! (podría haber dicho el buen hombre) ¡asesina a mi propio hijo! Es contrario a la ley misma de la naturaleza: mucho más sacrificar a mi amado hijo Isaac, en cuya simiente Dios mismo me ha asegurado una numerosa posteridad. Pero suponiendo que pudiera renunciar a mis propios afectos y estar dispuesto a separarme de él, aunque lo amo tanto, si lo mato, ¿qué será de la promesa de Dios? Además, ahora soy como una ciudad construida sobre una colina; en medio de una generación torcida y perversa: ¿Cómo, pues, haré que el nombre de Dios sea blasfemado, cómo seré objeto de burla entre las naciones, si oyen que he cometido un crimen que aborrecen? Pero, sobre todo, ¿qué dirá Sara mi mujer? ¿Cómo puedo volver a ella otra vez, después de haber empapado (para mojar o manchar) mis manos en la sangre de mi amado hijo? ¡Oh, que Dios me perdonara en esto, o me quitara la vida en lugar de la de mi hijo!" Así, digo, Abraham podría haber argumentado, y eso también aparentemente con gran razón, en contra de cumplir con el mandato divino. Pero como antes, por la fe, no consideró la esterilidad de la matriz de Sara, cuando ya era mayor de edad, sino que creyó en él, que dijo: Ciertamente Sara tu mujer te dará a luz un hijo; así que ahora, estando convencido de que el mismo Dios le habló y le mandó ofrecer a ese hijo, y sabiendo que Dios podía resucitarlo de entre los muertos, obedece sin demora el llamamiento celestial.

¡Oh, que los incrédulos aprendieran del fiel Abraham y creyeran todo lo que es revelado por Dios, aunque no puedan comprenderlo completamente! Abraham sabía que Dios le había ordenado que ofreciera a su hijo, y por lo tanto creyó, a pesar de que el razonamiento carnal pudiera sugerir muchas objeciones. Tenemos suficiente testimonio, que Dios nos ha hablado por su hijo; ¿Por qué no hemos de creer también nosotros, aunque muchas cosas en el Nuevo Testamento están por encima de nuestra razón?

Porque donde termina la razón, comienza la fe. Y, por más que los incrédulos se llamen razonadores, de todos los hombres son los más irrazonables: porque, ¿no es contrario a toda razón medir un infinito por un entendimiento finito, o pensar en descubrir los misterios de la piedad a la perfección?

Pero volviendo al patriarca Abraham: Observamos antes qué plausibles objeciones podría haber hecho; pero él no respondió ni una sola palabra, no, no responde contra su Hacedor, se nos dice, versículo 3, que "Abraham se levantó muy de mañana, y aparejó su asna, y tomó consigo a dos de sus jóvenes, e Isaac su hijo, y cortó la leña para el holocausto, y se levantó y fue al lugar que Dios le había dicho".

De este versículo podemos deducir que Dios le habló a Abraham en un sueño, o visión de la noche, porque está dicho que se levantó temprano. Tal vez fue cerca de la cuarta vigilia de la noche, justo antes del amanecer, cuando Dios dijo: Toma ahora a tu hijo; y Abraham madruga para hacerlo; como no lo dudo, solía acudir temprano para ofrecer su sacrificio matutino de alabanza y acción de gracias. A menudo se comenta de las personas en el Antiguo Testamento que se levantaban temprano en la mañana; y particularmente de nuestro Señor en el Nuevo, que se levantó mucho antes del día para orar. La mañana se hace amiga de la devoción; y, si la gente no puede usar tanta abnegación como para levantarse temprano para orar, no sé cómo podrán morir en la hoguera (si son llamados a ella) por Jesucristo.

Se nota tanto la humildad como la piedad del patriarca: ensilló su propio asno (los grandes hombres deben ser humildes) y para mostrar la sinceridad, aunque llevó consigo a dos de sus jóvenes, e Isaac a su hijo, sin embargo mantiene su designio como un secreto para todos ellos, es más, ni siquiera le dice a Sarah su esposa; porque no sabía si ella podría ser una trampa para él en este asunto, y, como después Rebeca, en otra ocasión, aconsejó a Jacob que huyera, Sara también podría persuadir a Isaac de que se escondiera; o los jóvenes, si lo hubieran sabido, podrían haberlo obligado a alejarse, como en épocas posteriores los soldados rescataron a Jonatán de las manos de Saúl. Pero Abraham no luchó contra tal evasión, y, por lo tanto, como un israelita en quien no había engaño, él mismo resueltamente "clavó la leña para el holocausto, se levantó y fue al lugar que Dios le había dicho".

En el segundo versículo, Dios le ordenó ofrecer a su hijo sobre uno de los montes en el que le hablaría. Le mandó que ofreciera a su hijo, pero no le dijo entonces directamente el lugar donde, esto era para mantenerlo dependiente y velando en oración, porque no hay nada como permanecer esperando en Dios; y, si lo hacemos, ciertamente Dios se nos revelará aún más en su propio tiempo. Practiquemos lo que sabemos, sigamos la providencia hasta donde podamos ver; y lo que no sabemos, lo que aún no vemos, encontrémoslo solamente en el camino del deber, y el Señor nos lo revelará.

Abraham no sabía directamente dónde iba a ofrecer a su hijo; pero él se levanta y se pone en marcha, y he aquí ahora Dios se lo muestra: "Y fue al lugar que Dios le había dicho". Vayamos y hagamos lo mismo.

Versículo 4. "Entonces al tercer día alzó Abraham sus ojos, y vio el lugar a lo lejos". De modo que el lugar del cual Dios le había dicho, estaba a no menos de tres días de camino del lugar donde Dios se le apareció por primera vez y le ordenó que tomara a su hijo. ¿No fue esto para probar su fe y hacerle ver que lo que hizo no fue simplemente por una punzada repentina de devoción, sino una cuestión de elección o deliberación? Pero, ¿quién puede decir lo que sintió el anciano patriarca durante estos tres días? Fuerte como era en la fe, estoy persuadido de que sus entrañas a menudo añoraban a su amado hijo Isaac. Me parece ver al buen anciano caminando con su querido hijo en la mano, y de vez en cuando mirándolo, amándolo, y luego volteándose a llorar. Y tal vez, a veces se queda un poco atrás para desahogar su corazón delante de Dios, porque no tenía mortal a quien contarle su caso. Entonces, me parece, lo veo reunirse de nuevo con su hijo y sus siervos, y hablándoles de las cosas pertenecientes al reino de Dios, mientras iban por el camino. Finalmente, "al tercer día, alzó sus ojos, y vio el lugar a lo lejos". Y, para mostrar que todavía estaba sinceramente resuelto a hacer todo lo que el Señor le pidiera, incluso cómo no descubrirá su designio a sus siervos, sino que dijo, versículo 5, a sus jóvenes (como deberíamos decir a nuestros pensamientos mundanos, cuando estamos a punto de pisar los atrios de la casa del Señor) "Quedaos aquí con el asno; y yo y el muchacho subiremos allá y adoraremos, y volveremos a vosotros." Esta fue una razón suficiente para que se quedaran atrás; y, siendo costumbre de su amo ir con frecuencia a adorar, no podían tener sospecha de lo que estaba haciendo. Y por el dicho de Abraham, que él y el muchacho volverían, me inclino a pensar que creía que Dios lo resucitaría de entre los muertos, si así le permitía ofrecer a su hijo en holocausto. Sea como fuere, todavía está decidido a obedecer a Dios al máximo; y, por lo tanto, Verso 6. "Abraham tomó la leña del holocausto y la puso sobre Isaac su hijo; y tomó el fuego en su mano, y un cuchillo, y fueron los dos juntos."

Poco pensó Isaac que iba a ser ofrecido en esa misma madera que llevaba sobre sus hombros; y por lo tanto Isaac inocentemente, y con una santa libertad (pues los hombres buenos no deben mantener a sus hijos demasiado lejos) "habló a Abraham su padre, y dijo: Padre mío; y él (con igual afecto y santa condescendencia) dijo: Heme aquí, hijo mío. Y para mostrar cuán cuidadoso había sido Abraham (como deben hacer todos los padres cristianos) para instruir a su Isaac cómo sacrificar a Dios, como un joven entrenado en el camino por donde debe ir; Isaac dijo: "He aquí el fuego y la leña; pero ¿dónde está el cordero para el holocausto? ¡Qué hermosa es la piedad temprana! ¡qué agradable escuchar a los jóvenes hacer preguntas acerca de sacrificar a Dios de una manera aceptable!

Isaac sabía muy bien que faltaba un cordero, y que un cordero era necesario para un sacrificio adecuado: "He aquí el fuego y la leña; pero ¿dónde está el cordero para el holocausto? Jóvenes y doncellas, aprended de él.

Hasta ahora, es claro, Isaac no sabía nada del propósito de su padre: pero creo, por lo que dijo su padre en respuesta a su pregunta, que ahora era el momento en que Abraham se lo reveló.

Versículo 8. "Y Abraham dijo: Hijo mío, Dios se proveerá de un Cordero para el holocausto". Algunos piensan que Abraham por fe vio al Señor Jesús de lejos, y aquí habló proféticamente de ese Cordero de Dios ya inmolado por decreto, y que en lo sucesivo sería realmente ofrecido por los pecadores. Este fue ciertamente un cordero provisto por Dios (no nos atrevimos a pensar en ello) para satisfacer su propia justicia, y para hacerlo justo al justificar a los impíos. ¿Qué es todo nuestro fuego y leña, las mejores preparaciones y actuaciones que podemos hacer o presentar, a menos que Dios se haya provisto a sí mismo este Cordero para una ofrenda quemada? No podía prescindir de ellos. Las palabras escucharán bien esta interpretación. Pero, cualquiera que sea la intención de Abraham, no puedo dejar de pensar que aquí hizo una aplicación, y familiarizó a su hijo, del trato de Dios con su alma; y finalmente, con lágrimas en los ojos y el mayor afecto en su corazón, exclamó: "Tú has de ser el cordero, Hijo mío"; Dios me ha mandado que te provea en holocausto y que te ofrezca sobre el monte al que ahora estamos subiendo. Y, como se desprende de un versículo posterior, Isaac, convencido de que era la voluntad divina, no opuso resistencia alguna; Porque está dicho: "Iban los dos juntos"; y de nuevo, cuando se nos dice que Abraham ató a Isaac, no oímos de sus quejas, o tratando de escapar, lo cual podría haber hecho, siendo (como algunos piensan) cerca de los treinta años de edad, y, es evidente, capaz de llevar suficiente leña para un holocausto. Pero él era partícipe de la misma fe preciosa con su anciano padre, y por lo tanto está tan dispuesto a ser ofrecido, como Abraham lo está a ofrecer: Y "así que fueron los dos juntos".

Versículo 9. Finalmente "llegaron al lugar que Dios le había dicho a Abraham. Y edificó allí un altar, y dispuso la leña, y ató a Isaac su hijo, y lo puso en el altar sobre la leña."

Y aquí detengámonos un momento, y por fe miremos el lugar donde el padre lo ha puesto. No dudo, sino que los ángeles benditos revolotearon alrededor del altar y cantaron. "Gloria a Dios en las alturas", por dar tal fe al hombre. Venid, todos vosotros, padres de corazón tierno, que sabéis lo que es mirar a un niño moribundo: imaginad que habéis visto el altar erigido ante vosotros, y la leña puesta en orden, y al amado Isaac atado sobre ella: imaginad que habéis visto el padre anciano de pie llorando. (Porque, ¿por qué no podemos suponer que Abraham lloró, ya que Jesús mismo lloró en la tumba de Lázaro?)

¡Oh, qué piadosas y afectuosas expresiones pasaron ahora alternativamente entre el padre y el hijo! Joseph registra un patético discurso pronunciado por cada uno, no sé si es genuino, pero me parece ver las lágrimas rodar por las mejillas del patriarca Abraham; y de la abundancia del corazón clama: Adiós, adiós, hijo mío; el Señor te dio a mí, y el Señor te llama; bendito sea el nombre del Señor; adiós, mi Isaac, mi único hijo, a quien amo como a mi propia alma; adiós, adiós. Veo a Isaac al mismo tiempo resignándose mansamente en las manos de su Padre celestial, y orando al Altísimo para que fortalezca a su padre terrenal para dar el golpe. Pero, ¿por qué intento describir lo que sintieron el hijo o el padre? Es imposible, de hecho, podemos formarnos una vaga idea, pero nunca la comprenderemos por completo, hasta que vengamos y nos sentemos con ellos en el reino de los cielos, y los oigamos contar la agradable historia una vez más. ¡Apresura, oh Señor, ese bendito tiempo! ¡Oh, venga tu reino! bendito sea el nombre del Señor. Adiós, mi Isaac, mi único hijo, a quien amo como a mi propia alma; adiós, adiós. Veo a Isaac al mismo tiempo resignándose mansamente en las manos de su Padre celestial, y orando al Altísimo para fortalecer a su padre terrenal para dar el golpe. Pero, ¿por qué intento describir lo que sintieron el hijo o el padre? Es imposible: de hecho, podemos formarnos una vaga idea, pero nunca la comprenderemos por completo, hasta que vengamos y nos sentemos con ellos en el reino de los cielos, y los oigamos contar la agradable historia una vez más. ¡Apresura, oh Señor, ese bendito tiempo! ¡Oh, venga tu reino!

Y ahora, se va a dar el golpe fatal. “Y extendió Abraham su mano, y tomó el cuchillo para degollar a su hijo”. ¿Pero no crees que tenía la intención de volver la cabeza cuando dio el golpe? No, ¿por qué no podemos suponer que a veces retraía su mano, después de haberla extendido, dispuesto a dar otro último adiós a su amado Isaac, y deseoso de posponerlo un poco, aunque finalmente resuelto a dar en el blanco? Sea como fuere, su brazo ahora está extendido, el cuchillo está en su mano y está a punto de ponerlo en la garganta de su querido hijo.

¡Pero cantad, oh cielos y alégrate, oh tierra! El extremo del hombre es la oportunidad de Dios, porque he aquí, así como el cuchillo, con toda probabilidad, estaba cerca de su garganta, ver. 11, “el ángel del Señor, (o más bien, el Señor de los ángeles, Jesucristo, el ángel del pacto eterno) lo llamó, (probablemente de una manera muy audible) desde el cielo, y dijo: Abraham, Abraham. (La palabra es doble, para atraer su atención; y tal vez lo repentino de la llamada le hizo retirar la mano, justo cuando iba a dar el golpe a su hijo.) Y Abraham dijo: Heme aquí.” “Y él dijo: No extiendas tu mano sobre el muchacho, ni le hagas nada; porque ahora sé que temes a Dios, ya que no me has rehusado tu hijo, tu único.”

Aquí entonces fue que Abraham recibió a su hijo Isaac de entre los muertos en un sentido. En efecto, fue ofrecido sobre el altar, y Dios lo miró como ofrecido y dado a él. Ahora bien, fue que la fe de Abraham, siendo probada, fue hallada más preciosa que el oro purificado siete veces en el fuego. Ahora, como recompensa de gracia, aunque no de deuda, por este acto señalado de obediencia, mediante un juramento, Dios da y confirma la promesa, "que en su simiente serían benditas todas las naciones de la tierra", ver. 17, 18. ¡Con qué consuelo podemos suponer que el buen anciano y su hijo bajaron del monte y regresaron a los jóvenes! ¡Con qué gozo podemos imaginar que se fue a su casa y le contó a Sara todo lo que había pasado! Y, sobre todo, con qué triunfo se regocija ahora en el paraíso de Dios, y adora el amor rico, libre, distinguido, electivo, sempiterno, que fue el único que le hizo diferenciarse del resto de la humanidad, y le hizo merecedor de ese título que tendrá mientras duren el sol y la luna: "¡El Padre de los fieles!"

Pero apartemos ahora nuestros ojos de la criatura, y hagamos lo que Abraham, si estuviera presente, mandaría; Quiero decir, fijarlos en el Creador, Dios bendito por los siglos de los siglos. Veo vuestros corazones conmovidos, veo vuestros ojos llorar. (Y, de hecho, ¿quién puede contener el llanto al contar tal historia?) Pero he aquí, os muestro un misterio, escondido bajo el sacrificio del único hijo de Abraham, que, a menos que vuestros corazones se endurezcan, os hará llorar lágrimas de amor, y eso en abundancia también. De buena gana espero que incluso me lo impidan aquí, y estén listos para decir: "Es el amor de Dios, al dar a Jesucristo para morir por nuestros pecados", Sí, eso es. Y, sin embargo, tal vez encuentren sus corazones, al mencionar esto, no tan afectados. Que esto os convenza, que todos somos criaturas caídas, y que no amamos a Dios o a Cristo como debemos hacerlo, porque, si admirais a Abraham ofreciendo a su Isaac, cuanto más debéis ensalzar, magnificar y adorar al amor de Dios, que tanto amó al mundo, en cuanto a dar a su Hijo unigénito, Cristo Jesús, nuestro Señor, "para que todo aquel que en él cree, no se pierda, sino que tenga vida eterna" ¿No podemos clamar bien: Ahora sabemos, oh Señor, que nos has amado, ya que no nos has negado a tu Hijo, ¡tu único Hijo!? Abraham era la criatura de Dios (y Dios era el amigo de Abraham) y por lo tanto estaba bajo la más alta obligación de entregar a su Isaac, pero ¡oh amor estupendo! Mientras éramos sus enemigos, Dios envió a su Hijo, nacido de mujer y nacido bajo la ley, para que se convirtiera en maldición por nosotros. ¡Oh la gratuidad, así como la infinitud, del amor de Dios nuestro Padre! Es inescrutable, me pierdo en su contemplación; es imposible descubrirlo. Pensad, oh creyentes, pensad en el amor de Dios, al dar a Jesucristo en propiciación por nuestros pecados, y cuando escuches cómo Abraham edificó un altar, y dispuso la leña, y ató a Isaac su hijo, y lo puso en el altar sobre la leña; pensad cómo vuestro Padre celestial ató a Jesucristo, su único Hijo, y lo ofreció sobre el altar de su justicia, y cargó sobre él las iniquidades de todos nosotros. Cuando leas que Abraham extendió su mano para matar a su hijo, piensa, oh, piensa, cómo Dios realmente permitió que su Hijo fuera asesinado, para que pudiéramos vivir para siempre.

¿Lees acerca de Isaac cargando la leña sobre sus hombros, sobre la cual iba a ser ofrecido? Dejen que esto los lleve al monte Calvario (este mismo monte de Moriá donde Isaac fue ofrecido, como algunos piensan) y miren al antitipo Jesucristo, el Hijo de Dios, llevando y listo para hundirse bajo el peso de esa cruz, en que la iba a colgar por nosotros. ¿Admiras a Isaac tan libremente consintiendo en morir, aunque una criatura, y por lo tanto obligados a ir cuando Dios los llamó? Oh, no te olvides de admirar infinitamente más al amado Señor Jesús, esa simiente prometida, que voluntariamente dijo: "He aquí, vengo", aunque sin obligación de hacerlo, "para hacer tu voluntad", para obedecer y morir por los hombres, "¡Oh Dios!" ¿Lloraste hace un momento, cuando te pido que imagines que viste el altar, y la leña puesta en orden, e Isaac puesto atado en el altar? Miren por la fe, he aquí al bendito Jesús, nuestro Emanuel todo glorioso, no atado, sino clavado en un madero maldito: vean cómo cuelga coronado de espinas, y se burlaron de todos los que lo rodean, ¡vean cómo las espinas perforan él, y cómo la sangre en púrpura fluye por sus sienas sagradas! ¡Escucha cómo gime el Dios de la naturaleza! ¡Mira cómo inclina la cabeza, y al fin la humanidad entrega el espíritu! Isaac se salva, pero Jesús, el Dios de Isaac, muere. Se ofrece un carnero como sustituto de Isaac, pero Jesús no tiene sustituto; Jesús debe sangrar, Jesús debe morir; Dios el Padre proveyó este Cordero para sí mismo desde toda la eternidad. Debe ser ofrecido a tiempo, o el hombre debe ser condenado para siempre. Y ahora, ¿dónde están tus lágrimas? ¿Diré, refrena tu voz del llanto? No; más bien déjame exhortarte a que mires a aquel a quien traspasaste, y te lamente, como la mujer que llora por su primogénito, porque hemos sido los traidores, hemos sido los asesinos de este Señor de la gloria; ¿y no lamentaremos esos pecados que llevaron al bendito Jesús al madero maldito? Habiendo hecho tanto, sufrido tanto por nosotros, perdonado tanto, ¿no amaremos tanto? ¡Oh! amémoslo con todo nuestro corazón, mente y fuerza, y glorifiquémoslo en nuestras almas y cuerpos, porque son suyos. Lo que me lleva a una segunda inferencia que extraeré del discurso anterior. y fuerza, y glorificarle en nuestras almas y cuerpos, porque son suyos. Lo que me lleva a una segunda inferencia que extraeré del discurso anterior.

De aquí podemos aprender la naturaleza de la verdadera fe que justifica. Quien entienda y predique la verdad, como es en Jesús, debe reconocer que la salvación es un don gratuito de Dios, y que somos salvos, no por ninguna o todas las obras de justicia que hayamos hecho o podamos hacer, no, no podemos ni total ni parcialmente justificarnos a nosotros mismos a la luz de Dios. El Señor Jesucristo es nuestra justicia; y si somos aceptados por Dios, debe ser sólo en ya través de la justicia personal, la obediencia activa y pasiva, de Jesucristo su Hijo amado. Esta justicia debe ser imputada, o contada sobre nosotros, y aplicada por la fe a nuestros corazones, o de lo contrario no podemos de ninguna manera ser justificados a los ojos de Dios: y en ese mismo momento un pecador puede aferrarse a la justicia de Cristo por la fe, es gratuitamente justificado de todos sus pecados, y nunca entrará en condenación, a pesar de que antes fue un tizón del infierno.

Así fue que Abraham fue justificado antes de hacer cualquier buena obra: fue capacitado para creer en el Señor Cristo; le fue contado por justicia; es decir, la justicia de Cristo le fue entregada a él, y por eso la consideró suya. Este, este es el evangelio; esta es la única manera de encontrar la aceptación de Dios: las buenas obras no tienen nada que ver con nuestra justificación ante sus ojos. Somos justificados solo por la fe, como dice el artículo de nuestra iglesia; agradable a lo que el apóstol Pablo dice: "Por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros; es el regalo de Dios." No obstante, las buenas obras tienen su propio lugar, justifican nuestra fe, aunque no nuestras personas; ellas la siguen, y evidencian nuestra justificación a la vista de los hombres. De ahí que el apóstol Santiago pregunte, ¿acaso Abraham no fue justificado por las obras? (en alusión sin duda a la historia que venimos discutiendo), es decir, ¿no probó que estaba en un estado justificado, porque su fe era productora de buenas obras? Esta justificación declarativa a la vista de los hombres, es lo que debe entenderse directamente en las palabras del texto; "Ahora sé, dice Dios, que me temes, ya que no me rehusaste tu hijo, tu único hijo." No es, sino que Dios lo sabía antes; pero esto se dice en condescendencia a nuestras débiles capacidades, y muestra claramente que el ofrecimiento de su hijo fue aceptado por Dios, como una evidencia de la sinceridad de su fe, y por esto quedó registrado para las edades futuras. Por tanto, podéis saber si sois bendecidos con el fiel Abraham y si sois hijos e hijas del fiel Abraham. Dices que crees; habláis de gracia gratuita y de justificación gratuita, hacéis bien; los demonios también creen y tiemblan. Pero la fe, que pretendéis, ¿ha influido en vuestros corazones, renovado vuestras almas y, como la de Abraham, obrado por el amor? ¿Están sus afectos, como los suyos, puestos en las cosas de arriba? ¿Son de mente celestial y, como él, se confiesan extraños y peregrinos en la tierra? En resumen, ¿te ha capacitado tu fe para vencer al mundo y te ha fortalecido para dejar tus "Isaacs", tu risa, tus amadas concupiscencias, amigos, placeres y ganancias por Dios? Si es así, tome la comodidad de ello; porque con justicia podéis decir: "Sabemos con certeza que tememos y amamos a Dios, o más bien somos amados por él". Pero si solo son creyentes que hablan, tienen solo una fe de la cabeza, y nunca sintieron el poder de ella en sus corazones, sin embargo, pueden animarse y decir: "Tenemos a Abraham por padre, o Cristo es nuestro Salvador", a menos que obtengas una fe del corazón, una fe que obra por el amor, nunca te sentarás con Abraham, Isaac, Jacob o Jesucristo, en el reino de los cielos.

Pero debo sacar una inferencia más, y con eso concluiré.

¡Aprended, oh santos! De lo que se ha dicho, sentarse libremente a todas sus comodidades mundanas; y mantente listo para separarte de todo, cuando Dios lo requiera de tu mano. Algunos de ustedes tal vez tengan amigos, que son para ustedes como sus propias almas; y otros pueden tener hijos, en cuyas vidas están ligadas vuestras propias vidas: todos creo que tienen sus "Isaacs", sus delicias particulares de una u otra clase.

Trabajad, por causa de Cristo, trabajad, hijos e hijas de Abraham, para renunciar a estos diariamente en el amor a Dios, para que, cuando él os exija realmente que los sacrificuéis, no podáis conferir con la carne y la sangre, más que el bendito patriarca que ahora tenemos delante. Y en cuanto a vosotros que habéis sido probados en alguna medida como él, dejad que su ejemplo os anime y consuele. Acuérdate que así fue probado Abraham tu padre antes que tú, piensa, oh, piensa en la felicidad que ahora disfruta, y cómo está incesantemente agradeciendo a Dios por tentarlo y probarlo cuando está aquí abajo. Mira hacia arriba a menudo con el ojo de la fe y míralo sentado con su muy amado Isaac en el mundo de los espíritus. Acordaos, será sólo un poco de tiempo, y os sentaréis con ellos también, y os contaréis lo que Dios ha hecho por vuestras almas. Allí espero sentarme con ustedes y escuchar esta historia de cómo ofreció a su Hijo de su propia boca, y alabar al Cordero que está sentado en el trono, por lo que ha hecho por todas las almas, por los siglos de los siglos.

EstudiaLaPalabra.org